

Luces y sombras sobre los toros

Andrés Amorós *

TODOS los años, por San Isidro, un excelente escritor, Manuel Vicent, publica en *El País* su habitual artículo antitaurino. Con su brillante estilo, desempolva los viejos tópicos: para él, la Fiesta se reduce a sangre, excremento, señoritismo y chulería...

Es el mismo repertorio de lugares comunes que usaba Eugenio Noel, a comienzos de siglo, en su campaña contra el flamenquismo y los «crímenes de la raza», en los que incluía también el pasodoble, el flamenco, el género chico y hasta «la libertad del pueblo español de poder hacer lo que le dé la gana...». Sin comentarios.

La realidad es que, desde la época de Eugenio Noel, los antitaurinos han avanzado muy poco. Si la Fiesta se redujera a sangre, crueldad y porquería, ¿qué persona mínimamente sensible no se alejaría de semejante horror? Y, sin embargo, desde los ilustrados Goya y Moratín, son muchísimos los escritores y artistas que han visto en ella belleza, pasión y un rito profundamente enraizado en nuestra cultura.

Desde el siglo XVIII hasta hoy, la Fiesta brava ha dividido a los espa-

* Catedrático en la Universidad Complutense. Madrid.

ños. Hay que reconocer que es una Fiesta *popular española* pero eso no quiere decir que suscite una unanimidad (en favor o en contra) que sería absolutamente artificial. Y esas polémicas, que llegan hasta hoy, demuestran muy claramente su vitalidad.

Sociología taurina

INTENTEMOS moderar las pasiones personales y describir hechos evidentes, desde el punto de vista sociológico. Hay que reconocer que existen ahora tres nuevas circunstancias que se han añadido a las tradicionales polémicas: la democracia española, nuestro ingreso en la Comunidad Europea y el auge de los movimientos ecologistas.

Ninguna de las tres ha dañado gravemente a la afición taurina de muchos españoles. En el mismo Parlamento Europeo se ha creado un Intergrupo en defensa de la Fiesta y lo preside..., un francés. No es de extrañar, dado el extraordinario auge de las corridas de toros en el país vecino, en los últimos años.

Se equivocaron muchos al querer identificar a nuestra Fiesta con la dictadura, el franquismo, la España «vieja y negra», el antieuropeísmo, etcétera. La realidad ha demostrado que el nuevo régimen democrático no sólo no ha supuesto la desaparición de la Fiesta sino todo lo contrario. Como reconoció el *Times* de Londres, en la España «de los yuppies y la democracia», la Fiesta de los toros está más de moda que nunca.

Los riesgos para nuestra Fiesta no vienen por ahí. El peligro sería que los españoles le volvieran la espalda, colectivamente; a otro nivel, que se consumara la decadencia de la casta brava —la base de toda la Fiesta— o que la comercialización adulterara demasiado la pureza de este arte, que mueve grandes cantidades de dinero (igual que la pintura, por ejemplo, también sometida a tantas presiones comerciales).

La realidad actual de la Fiesta presenta luces y sombras, contrastes muy acusados. Pecan de apocalípticos todos los que diagnostican su decadencia irremisible.

Muchos datos objetivos, sociológicos, lo desmienten.

Ante todo, el número de festejos. Nunca, en toda la historia, se han dado tantos espectáculos taurinos y ha sido tan difícil conseguir entradas, en las grandes Ferias. Los que profetizan apocalipsis taurinos deberían pasarse por las taquillas, en la Feria de Abril o en San Isidro.

Se me dirá que eso responde a una moda social más que a auténtica afición. Es muy probable, pero, ¡ya quisiera yo que se pusiera de moda, igualmente, la poesía o el teatro!

Unos pocos datos: en 1991 se ha producido el récord de festejos y público de toda la historia. Han asistido a espectáculos taurinos (al margen de la televisión) casi 56 millones de espectadores, que dejaron en taquilla más de 106.000 millones de pesetas. La cifra de novilladas con picadores celebradas este año en España (570) es la mayor de toda la historia, superando incluso las temporadas en que El Cordobés arrastraba a las masas.

En San Isidro, a lo largo de un mes, con carteles buenos, malos y regulares, incluyendo novilladas y corridas de rejones, el índice de ocupación de la Plaza de las Ventas es del 99,97 por 100. Imaginemos qué pasaría si se dieran 30 partidos de fútbol seguidos, en día de trabajo y con rivales débiles...

En Francia, se ha duplicado el número de aficionados a los toros en los últimos cinco años. El verano pasado, han asistido a espectáculos taurinos más de 750.000 personas, entre los que existe un alto porcentaje de jóvenes.

Cultura taurina

PARA explicar el atractivo de una profesión tan arraigada se recurría tradicionalmente a una frase hecha: «Más *cornás* da el hambre...»

Hoy, las escuelas taurinas demuestran que, en la España actual, ya no es así. No es sólo el dinero lo que mueve a los aspirantes a toreros. Lo hemos visto, por ejemplo, en la película *Tú, solo*, de Teo Escamilla, un «docudrama» sobre la Escuela de Tauromaquia de Madrid: los jóvenes que se apuntan a ella pertenecen a familias de comerciantes o profesionales, podrían ganarse perfectamente la vida, sin tanto riesgo.

Sin embargo, siguen sintiendo la llamada misteriosa del toro. ¿Qué buscan, además de dinero? Gloria, ascenso social, riesgo, aventura...

Para el pueblo español, el torero sigue siendo el prototipo del *héroe*. Las trágicas muertes de Paquirri y Yiyo no han hecho sino confirmar este carácter heroico.

Dentro del nuevo público que llena ahora las plazas, en las ferias tau-

rinas, hay que destacar que aumenta la presencia y el interés de tres sectores muy concretos: las mujeres, los intelectuales y los jóvenes.

El interés de los intelectuales por la Fiesta no es nuevo, se ha dado en casi todas las épocas; en alguna, de modo impresionante. Recordemos lo que supuso Ignacio Sánchez Mejías para el nacimiento de la generación del 27.

En los años del franquismo, sin embargo, muchos hombres de cultura identificaban falsamente la Fiesta con el tradicionalismo político y cultural: no podía atraerlos.

Hubo un momento en que muchos jóvenes parecían apasionarse por el fútbol y considerar que los toros era algo propio de la época de sus padres, de una España vieja con la que tenían muy poco que ver.

Todos estos tópicos se han venido abajo, en los últimos años. Ahora, si no me equivoco, los jóvenes se dividen claramente, en este punto: a unos no les gusta la Fiesta, por su presunta crueldad con el animal. Otros, en cambio —y cada día son más— la descubren y se acercan a ella con enorme curiosidad.

La mayoría de estos nuevos aficionados saben poco de toros. Es lógico: no han tenido tiempo de ver muchas corridas y la cultura urbana tampoco les ha permitido vivir el ambiente del toro en el campo. A pesar de eso, leen críticas, intentan informarse, acuden a coloquios...

Me lleva eso a otro tema importantísimo: la atención creciente que los medios de comunicación dedican a la Fiesta: suplementos taurinos de los grandes periódicos nacionales, programas de radio y televisión... No hablemos ya de la enorme trascendencia popular que tienen las retransmisiones de corridas de toros en directo, tal como se ha patentizado, hace muy pocas semanas, con la importante iniciativa de Canal Plus, en la Feria de San Isidro.

No es de extrañar: en un momento en el que las televisiones privadas compiten por ofrecer grandes espectáculos, no cabe duda de que una buena corrida puede ser, para muchos españoles, «el mayor espectáculo del mundo».

No olvidemos que en ningún momento de la historia se habían publicado tantos libros sobre Tauromaquia. Los lanzan editoriales privadas, no fundaciones benéficas: quiere decirse que se publican porque se venden, porque existe un mercado importante de compradores y lectores.

Hasta la Universidad española, tan conservadora, se acerca de modo creciente a la Fiesta con cursos como los de la Universidad Menéndez y

Pelayo (en Sevilla, Santander o Ronda), los Cursos de Verano de la Universidad Complutense (en El Escorial y Almería), la UNED, la Universidad de Alcalá de Henares, etc.

Rara es ya la Feria algo importante que no se completa con actos culturales: conferencias, coloquios, exposiciones de arte...

Me lleva todo esto a dar, finalmente, mi opinión personal: la Fiesta de los toros forma parte, indudablemente, de la cultura española. No se trata de polemizar sobre ello sino de aceptar una realidad y de exigir respeto para los que sienten esta afición.

Cada uno es muy libre de ser aficionado o no a los toros, lo mismo que a la música clásica, el flamenco o el jazz. Lo que no se puede admitir son las acusaciones basadas en la ignorancia y el tópico.

Nuestra Fiesta no necesita defensa: se defiende ella sola, con lo que es y lo que ha sido, a lo largo de nuestra Historia. El que la despache de un plumazo demuestra tener tan poca sensibilidad como el que se declara enemigo de la ópera, la pintura de Goya y Picasso, la poesía de García Lorca y Alberti, el cine de Orson Welles...

No se trata tampoco de acumular nombres de artistas ilustres que la han amado con pasión. Todo esto está en muchos libros: el que lo desconozca es, simplemente, un ignorante.

Entre otras cosas buenas, la democracia supone que una afición no te «marca» políticamente. Los toros no son de derechas ni de izquierdas, no responden a *una* ideología ni *una* estética: son del pueblo español, en su conjunto: es decir, de los que saben disfrutar con este arte.

Se ha dicho muchas veces: para bien y para mal, la Tauromaquia forma parte de nuestra cultura. Sin el toro no se podía entender la Historia de España ni la psicología de nuestro pueblo. El lenguaje taurino expresa la manera que tiene el hombre español de enfrentarse con la realidad.

Por eso, las polémicas actuales sobre la Fiesta son sólo una anécdota. Aunque deseemos mejores toros y toreros, no podemos negar que la Fiesta vive un momento sociológico de enorme interés y vitalidad. Y esta vitalidad incluye la pasión, la polémica.

Se quiera o no, vivimos en la *piel de toro*, el toro sigue siendo el gran mito en este *ruedo ibérico*. Y el hombre español se ha sentido misteriosamente identificado con su destino trágico. Lo definió para siempre Miguel Hernández:

«Como el toro he nacido para el luto...»